



---

---

## ¿RESIGNACIÓN ANTE LA CRISIS?

---

---

**D. Domingo Sugranyes Bickel**  
Presidente de la Fundación Centesimus Annus – Pro Pontifice

La crisis financiera desatada en los últimos meses ¿supone una crisis de modelo económico? ¿Sólo cabe la resignación ante sus efectos devastadores, o es momento para plantear cambios de mayor calado en la economía y la sociedad?

### Burbujas tóxicas y recesión

El cataclismo financiero que empieza en el mercado de hipotecas *subprime* en Estados Unidos es de sobras conocido. El ingrediente principal ha sido una percepción equivocada del riesgo crediticio, cuyo efecto tóxico se ha visto multiplicado por niveles hasta ahora desconocidos de endeudamiento (el *apalancamiento* de la jerga financiera, que multiplica los beneficios... o las pérdidas) y por una cadena de intermediaciones en las que la naturaleza de los activos originales se ha desdibujado.

Estos hechos son atribuibles a la actuación concreta de determinados agentes económicos, hipnotizados por la ganancia financiera inmediata y motivados por sistemas de remuneración, a veces excesivamente elevados, y con el beneficio a corto plazo como único criterio de evaluación. Pero no se hubieran extendido de existir una mayor vigilancia de las autoridades de supervisión: en Estados Unidos en particular, lejos de la regulación estricta a la que están sometidas las actividades financieras destinadas a clientes particulares, la actividad de banca de inversión o 'al por mayor' carecía de regulación específica. Como consecuencia del deterioro real o temido de los activos, se han cerrado los circuitos del crédito y se ha establecido la desconfianza entre entidades financieras.

La enorme *burbuja tóxica* se situaba en un contexto macroeconómico de facilidad monetaria y su explosión coincide con el final de un largo ciclo ascendente. En España y en algunos otros países coincide además con la explosión de otra burbuja —ésta de fabricación propia—, la del precio de la vivienda. La súbita inversión del ciclo inmobiliario ha paralizado muchos sectores de actividad relacionados con la construcción.

La crisis se manifiesta brutalmente para las empresas que han visto restringido su acceso al crédito bancario o a la posibilidad de emitir obligaciones. Este *estrangulamiento* es la causa inmediata de las dificultades de muchas empresas, incluso a veces las que no estaban excesivamente endeudadas o no tenían todavía problemas de ventas. Al mismo tiempo, la crisis provoca un cambio brusco en las expectativas y en los comportamientos de consumo: los hogares que tienen dificultades por estar endeudados o porque alguno de sus integrantes pierde el empleo, evidentemente consumen menos, pero los que podrían hacerlo tampoco compran.

La crisis afecta a España con especial rigor, por la importancia relativa de sectores muy afectados: turismo, construcción, automóvil. Pero el paso de la congelación del crédito a la recesión es un fenómeno que afecta a los todos los países, tanto a los que exportan más y son acreedores (como China) como a los que importan más o son deudores netos (como Estados Unidos), a los más desarrollados como a los emergentes y a los más pobres. La crisis se produce en un entorno de densa interacción entre intereses públicos y privados. En la crisis financiera se puede hablar de mercado *descontrolado*, pero no así

en el resto de fenómenos que alimentan la recesión: por ejemplo, la *burbuja* del precio del suelo para viviendas en España se deriva tanto de las imprudencias y del excesivo endeudamiento de promotores y compradores, como de las necesidades de financiación de los ayuntamientos. La reacción a la crisis conlleva un incremento del intervencionismo estatal –forzado por las circunstancias– y se ponen en marcha programas ingentes de gasto público para relanzar la demanda.

### ¿Crisis del modelo económico?

Sin duda está en crisis esa especie de activismo financiero de los últimos años, en que la sofisticación y el beneficio inmediato parecían fines en si mismos. Aunque en muchas empresas no hayamos participado directamente de esta mentalidad, como participantes en la vida económica hemos compartido, hay que reconocerlo, una visión dominada por el máximo beneficio a corto plazo, y ésto tiene que cambiar: recobrar el auténtico espíritu de empresa que exige todo lo contrario, largo plazo y continuidad.

Algunos países desarrollados, España entre ellos, están sufriendo un impacto especialmente duro en el incremento del desempleo, en parte porque su desarrollo rápido de los últimos años carecía de la suficiente diversificación. Y la excesiva rigidez de nuestra normativa en cuanto a contratos de trabajo se venía compensando con la proliferación de puestos de empleo precario y de trabajo *negro*. Esto tendría que cambiar.

La crisis actual también pone en tela de juicio el modelo en otro sentido: la globalización hace imposible resolver la crisis actual desde la perspectiva de un solo país. El mayor ejemplo es Estados Unidos: ¿aceptará el ciudadano contribuyente que los programas de estímulo de la demanda, financiados con déficit fiscal estadounidense, sirvan para mantener empleos en Alemania y en China, de dónde Estados Unidos importaba gran parte de la producción antes de la crisis? Y si no lo acepta, ¿qué será de la liberalización comercial, amenazada por un fatal retorno al proteccionismo? La crisis pone de manifiesto el actual vacío de *buen gobierno* de la economía global; lo han reconocido de palabra los líderes de las principales economías reunidos en el G20, pero no hay nada hecho aún y el riesgo de una marcha atrás de la globalización es real, con la correspondiente destrucción de posibilidades de desarrollo mundial.

Sin embargo, aunque existieran alternativas, no sería realista pensar en un cambio radical de modelo económico a corto plazo, cuando está en juego el empleo y el bienestar de millones de personas. ¿Cómo será el *después* de la crisis? Depende de lo que decidan los gobiernos en los próximos meses. Hay riesgos graves: deflación prolongada, o retorno posterior de la inflación y de otras burbujas. A pesar de los discursos sobre la *“refundación del capitalismo”*, se trata por ahora de continuar navegando con el actual modelo intentando evitar los obstáculos e imponiendo normas eficaces allí donde no las había o eran inadecuadas.

¿Significa ésto que debemos resignarnos ante la ineluctable sucesión de ciclos económicos cada vez más amplios y destructivos? Quizá los ciclos sean inevitables y su magnitud un precio a pagar por un mundo globalizado. Pero la situación creada también

es propicia para promover una reflexión de fondo que, a la larga, puede generar unos cambios de mayor calado.

### 1. Confianza

Hemos asistido a una caída inaudita de los niveles de confianza en el mundo financiero y estamos viendo las consecuencias desastrosas que acarrea el *credit crunch*. La reflexión se puede ampliar por analogía a toda la sociedad. Varios autores ponen de manifiesto la importancia de la confianza como uno de los factores intangibles del *capital humano*, al lado de los tradicionales factores económicos que explican el desarrollo, como el trabajo, el capital económico y la tecnología. La crisis nos hace reflexionar sobre lo que significa construir (o destruir) confianza en la vida social.

En algunos países, como en España, el debate social y político está marcado por una ruptura profunda entre dos bloques, dos culturas, dos percepciones de la moral social. En ambos bandos se cultiva una cierta radicalización en las posiciones, con desprecio y descalificación de la otra parte. Es verdad que en los temas económicos no hay tantas diferencias entre los bandos opuestos, sobre todo a la hora de actuar, dados los condicionamientos de la economía globalizada y, en nuestro caso, las competencias cedidas a la Unión Europea y a la zona Euro. Pero en otros aspectos, las diferencias parecen infranqueables, como en temas de bioética, ética social, educación... y nuestras convicciones hacen que ni podemos desentendernos del debate ni tampoco adoptar posiciones neutrales o ceder sobre aspectos que entedemos esenciales.

Pero si se quiere cambiar la tendencia al deterioro social, tendrá que renacer un espíritu constructivo en el que muchos –aún sin estar de acuerdo en todo– podamos compartir objetivos. En particular, pensando en la migración y la multiculturalidad, habrá que buscar un terreno social común con creyentes de otras religiones.

### 2. Visión empresarial

Un análisis desapasionado de los últimos decenios muestra la incorporación de una parte creciente de la población mundial a unos niveles de ingresos medios (aunque los extremos se alejen entre sí) y la aparición de nuevas potencias económicas a nivel mundial. Detrás de estos avances está el dinamismo empresarial, el que mueve a algunos a crear y a hacer que crezcan empresas. Independientemente de los distintos sistemas de propiedad y tipos societarios, donde crece una empresa, donde nacen empleos e ingresos, donde se elaboran productos y servicios aptos para ser demandados por un público, allí hay un motor empresarial que no se puede reducir a la avidez por el dinero (la *codicia*).

En resumen, la actividad empresarial consiste en asumir riesgos de forma sensata, crecer y reformar permanentemente la empresa para reducir los daños eventuales, consecuencia de los riesgos asumidos. Prepararse para soportar las tormentas consiste en reducir costes y así lograr niveles cada vez mayores de productividad: obligación moral del directivo de empresa con la que no siempre cumplimos a tiempo; exige coraje



y supone decisiones difíciles de entender para quien no carga con la responsabilidad de hacer *sostenible* un colectivo empresarial.

Desde la encíclica *Centesimus Annus*, los textos de la Doctrina Social de la Iglesia reconocen explícitamente la función de la empresa y del beneficio como remuneración del riesgo empresarial. Pero ¿no debería prestarse también una atención y un apoyo crítico a la figura del empresario? No puede haber nada peor para el devenir económico de un país que la dimisión de la función empresarial.

### 3. La preferencia por los más pobres

Desde el mundo de la empresa, ¿qué significa la preferencia por los más pobres, un llamamiento tradicional en la enseñanza de la Iglesia desde los orígenes?

Parte de la contestación está en las reflexiones anteriores: la actividad empresarial en un mercado libre, enmarcada en normas éticas y una legislación adecuada, son las vías que conocemos para resolver los problemas de la pobreza colectiva, en particular si se acompañan con una política de distribución de la riqueza que sea efectiva y no desanime las fuentes de creación de riqueza.

Pero la preferencia por los más pobres significa aquí y ahora unas preocupaciones muy concretas: ante todo, el aterrador aumento del desempleo, especialmente el de la población inmigrada. En esto la Iglesia y sus muchas realidades muestran ejemplos extraordinarios de acción social, que merecen nuestro pleno y generoso apoyo.

Sin perjuicio de esta necesidad auxiliadora, no podemos perder de vista la realidad económica: por un lado están los empleos administrativos y funcionariales, en fuerte aumento en España, que a veces podrán producir bienestar, pero siempre suponen un coste para la comunidad. Por otro lado están los empleos que nacen espontáneamente de la iniciativa empresarial; tendremos que sacar conclusiones de la crisis actual en cuanto a diversificación, calidad, productividad y flexibilidad del empleo creado. ¿Pero quién está dispuesto a defender la verdad en esto cuando resulta tremendamente impopular (a parte de las organizaciones empresariales, sospechoso número uno)?

En nuestro mundo globalizado hay que descubrir otra dimensión más allá de nuestras fronteras: nos hace falta el contacto con la realidad del ser humano pobre para salir de una visión económica conservadora y ampliar el alcance de los objetivos empresariales. Ante la enorme movilización que suponen los programas destinados a relanzar la economía en los distintos países, ¿porqué no soñar con un movimiento de generosidad que llevara aunque fuera una pequeña parte de esos recursos hacia inversiones en los países menos desarrollados? Responder a la expectativa de miles de millones de personas que hoy no alcanzan el mínimo vital, y mañana podrían ser actores de la vida económica: ahí está, por ejemplo, todo el esperanzador movimiento del microcrédito.



#### 4. El paradigma de la reciprocidad

Para concluir, querría mencionar una línea de investigación económica que nos aleja de cualquier actitud de resignación, sin por ello caer en el voluntarismo moral.

Para ello me refiero al economista católico italiano, Stefano Zamagni, catedrático de la Universidad de Bolonia; su pensamiento, que se apoya en investigación propia y, entre otros, en trabajos de autores norteamericanos, critica radicalmente la noción del *homo oeconomicus*, porque no da cuenta correctamente de la motivación de las conductas, en particular porque ignora la dimensión –observable experimentalmente– de la reciprocidad. Cito de su obra reciente (*L'economia del bene comune, Città Nuova Editrice, 2007*), pág. 26 y siguientes: *“El mercado... puede transformarse en un medio para reforzar la vinculación social, ya sea mediante la promoción de políticas de distribución de la riqueza que se sirvan de sus mecanismos (en lugar de operar fuera de éstos como ocurre con la redistribución operada por el Estado), ya sea mediante la creación de un espacio económico en el que sea posible poner en práctica, y por consiguiente reproducir, aquellos valores –en primer lugar, la confianza y la solidaridad– de cuya existencia depende el propio mercado...”*. Para Zamagni, la característica distintiva de la reciprocidad es que, al contrario del intercambio de equivalentes, que se realiza entre agentes anónimos, los objetos de las transacciones de reciprocidad no son separables de quienes las realizan. Y continúa : *“No pretendo sostener que sea posible gobernar una economía moderna sobre la base del solo principio de reciprocidad... Sin embargo, quiero afirmar que una organización de mercado que sepa estimular los comportamientos pro-sociales en vez de mortificarlos tenderá a operar de forma más eficiente, reduciendo sustancialmente el nivel de los costes de transacción vinculados con su funcionamiento, y sobre todo, causando más satisfacción a todos”*.

Ésto, que parece abstracto, traduce en mi opinión una experiencia práctica importante, que las empresas de éxito conocen y aplican corrientemente en el nivel microeconómico, pero que la ciencia económica no ha reconocido hasta ahora en su paradigma interpretativo: construir sobre la capacidad de colaboración y de altruismo. Aunque parezca lejano de nuestra deprimente problemática actual, la Doctrina Social de la Iglesia católica contribuirá a abrir nuevos caminos por esta vía de una lenta reconstrucción teórica, que habrá de inspirar una profunda revisión de la educación y de la política económica. La crisis actual es un buen momento para que estas ideas se propongan y se difundan.

6 de Julio de 2010